

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL



LA VÍA CULTURAL AL SOCIALISMO.

POLÍTICAS DE LA CULTURA EN EL CHILE DE LA UNIDAD POPULAR

Loreto López González y Jaime Peris Blanes. N. 17 (2021)

K A M C H A T K A

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

LA VÍA CULTURAL AL SOCIALISMO. POLÍTICAS DE LA CULTURA EN EL CHILE DE LA UNIDAD POPULAR

La vía cultural al socialismo. Políticas de la cultura en el Chile de la Unidad Popular 5-13
Loreto López González y Jaume Peris Blanes

DEBATES, DISCUSIONES Y POLÍTICAS CULTURALES DE LA UNIDAD POPULAR

Los intelectuales y la cuestión de la cultura popular: interpretaciones e iniciativas durante la Unidad Popular 15-41
Natália Ayo Schmiedecke

El debate cultural en la Unidad Popular: una cuestión previa (1958-1969) 43-67
Laura de la Luz Briceño Ramírez

Balances al proyecto cultural durante la Unidad Popular: *La quinta rueda y Cuadernos de la Realidad Nacional* 69-92
César Zamorano Díaz

El Tren Popular de la Cultura: expresión del arte para todos 93-116
Carolina Andrea Espinoza Cartes

Un encuentro personal con una épica colectiva: conversando en torno a los documentos del período de formación del Museo de la Solidaridad 117-134
Loreto López González

LA MÚSICA POPULAR COMO AGENTE DE TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Presencia de Violeta Parra en la construcción del imaginario popular de la vía chilena al socialismo. La Peña de los Parra y la Carpa de la Reina: una reconstrucción testimonial 135-154
Jorge Montealegre Iturra, Rafael Chavarría Contreras

El movimiento de la Nueva Canción chilena: cultura y contrahegemonía 155-179
J. Patrice McSherry

En la quebrá del ají. Rock en Chile en tiempos de revolución (1967-1973) 181-204
César Eduardo Albornoz Cuevas

FORMAS Y POLÍTICAS DEL NUEVO CINE

1970-1973. El cine chileno durante Salvador Allende 207-216
Patricio Guzmán

Lectores de imágenes en tiempos de revolución: *Descomedidos y chascones* (1973) de Carlos Flores 217-248
Elizabeth L. Hochberg

Filmar la aceleración de la historia: dicotomías del gesto en dos documentales de la UTE 249-270
Ignacio Nicolás Albornoz Fariña

Nostalgia de la Unidad Popular. Evolución de la forma cinematográfica en la obra de Patricio Guzmán 271-297
Álvaro Martín Sanz

Una figura en sombras: Salvador Allende en filmes chilenos de postdictadura 299-315
Alicia Salomone

LITERATURA Y ARTES ESCÉNICAS EN EL TORBELLINO DE LA HISTORIA

Cuatro tesis sobre literatura durante la Unidad Popular chilena 317-334
Matías Ayala Munita

La figura del lector popular en Quimantú: placer, trabajo y revolución 335-359
Christian Anwandter Donoso

Teatro obrero y militante de los años 60 y 70 en Chile: escenas internacionalistas y antiimperialistas construyendo un nuevo mundo 361-385
Patricia Alejandra Artés

Itinerario de un cosmoargentino: Julio Cortázar y el Chile de Allende 387-412
Olga Lobo Carballo

Portada: diseño de Carlos Altamirano basado en fragmento del mural ubicado en el Centro Cultural Gabriela Mistral, realizado por la Brigada Ramona Parra para el 1 festival de intervención urbana Hecho en Casa, 2012.

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

EL DEBATE CULTURAL EN LA UNIDAD POPULAR: UNA CUESTIÓN PREVIA (1958-1969)

The Cultural Debate in the Popular Unity: a Prior Question

LAURA DE LA LUZ BRICEÑO RAMÍREZ
Universidad de Santiago de Chile (Chile)

lbricenoramirez@gmail.com

Recibido: 14 de junio de 2020

Aceptado: 16 de febrero de 2021

<http://orcid.org/0000-0002-3502-6505>

<https://doi.org/10.7203/KAM.17.17628>

N. 17 (2021): 43-67. ISSN: 2340-1869

RESUMEN: Este artículo tiene como finalidad examinar de dónde provienen las conceptualizaciones e ideas expresadas en el debate cultural de la Unidad Popular, especificando en el caso de la propuesta del escritor Enrique Lihn, quien durante este gobierno actuó como un intelectual comprometido con el proyecto socialista. Se plantea que las prácticas de sociabilidad de los escritores en los años sesenta posibilitaron la conformación de una red intelectual latinoamericana, que produjo y puso en circulación, desde un marxismo heterodoxo, la función social de la literatura, el compromiso del escritor y las necesidades de crear las condiciones sociales y culturales para que el pueblo protagonizara el proceso de cambio social. Compartimos la idea de que el gobierno de Salvador Allende representa la culminación de una serie de procesos intelectuales en los que se pensó el problema de la cultura en América Latina y la propuesta de Enrique Lihn, para el caso de Chile, evidencia el accionar de los escritores como actores colectivos en el campo cultural y político, dispuestos a discutir sus propuestas con el gobierno revolucionario.

PALABRAS CLAVE: Unidad Popular, debate cultural, escritor intelectual, compromiso del escritor.

ABSTRACT: This article aims to examine where the conceptualizations and ideas expressed in the cultural debate of the Unidad Popular come from, specifying in the case of the proposal of the writer Enrique Lihn, who during this government acted as an intellectual committed to the socialist project. It is proposed that the practices of sociability of the writers in the 1960s, made possible the formation of a Latin American intellectual network, which produced and put into circulation, from a heterodox Marxism, the social function of literature, the commitment of the writer and the needs to create social and cultural conditions for the people to lead the process of social change. We share the idea that Salvador Allende's government represents the culmination of a series of intellectual processes in which the problem of culture in Latin America was thought of and Enrique Lihn's proposal, for the case of Chile, shows the action of writers as collective actors in the cultural and political field, willing to argue their proposals with the revolutionary government.

KEYWORDS: Popular Unity, Cultural Debate, Intellectual Writer, Writer's Commit.

INTRODUCCIÓN¹

La Unidad Popular fue una alianza política, un proyecto socialista, un gobierno, pero también un anhelo de cambio que movilizó al mundo popular, intelectuales y artistas. Se trató de un momento histórico en el que se abrieron las posibilidades para pensar una nueva sociedad y construir una nueva cultura.

Se ha destacado como una característica de este gobierno el haber promovido la cultura en barrios, sindicatos, escuelas y otros espacios de sociabilidad popular, para erigir nuevas relaciones sociales entre el pueblo, el Estado y cambiar los valores burgueses y fundamentos del capitalismo (Albornoz, 2005: 147). Sobre cultura, en el programa de la Unidad Popular se indicaba que:

El nuevo Estado procurará la incorporación de las masas a la actividad intelectual y artística, tanto a través de un sistema educacional radicalmente transformado, como a través de un sistema nacional de cultura. Una extensa red de Centros Locales de Cultura Popular impulsará la organización de las masas para ejercer su derecho a la cultura².

Si bien este objetivo se fue cumpliendo con la creación de los Centros de Cultura Popular, intelectuales y políticos que adherían al proyecto de la Unidad Popular plantearon que era necesario diseñar una política que guiara la construcción de la nueva cultura, más allá de estimular en el pueblo actividades artísticas y culturales. Frente a esta situación, escritores, científicos sociales y personeros políticos debatieron sobre los caminos a seguir, lo que quedó expresado en una serie de propuestas que se expusieron y discutieron en el campo cultural (Albornoz, 2005; Bowen, 2008; Canto, 2012; Briceño, 2020).

Las propuestas, por una parte, planteaban la conformación de un *Frente Único*, que proponía la constitución de una alianza entre el movimiento popular y la pequeña burguesía, para crear las condiciones educativas, sociales y culturales en el pueblo, que permitirían la implementación del socialismo. Esta idea, expuesta por el escritor Enrique Lihn, entendía a la Unidad Popular como un período de transición y proponía que los intelectuales debían transformarse en una vanguardia cultural, un vaso comunicante entre el pueblo y el gobierno. Por otra parte, en una vereda distinta, el encargado del Frente Cultural del Partido Comunista, Carlos Maldonado, sostenía que la política cultural debía aspirar a crear las condiciones para que el pueblo asumiera la conducción del cambio cultural. Proponía construir una cultura de masas que el pueblo protagonizara,

¹ Este artículo es parte del proyecto Fondecyt de iniciación 1117079 “Intelectuales y Revolución en Cuba y Chile 1959-1973”, dirigido por la Dra. Ivette Lozoya López.

² “Programa básico del gobierno de la Unidad Popular”. Santiago (1970): 28.

con soportes comunicacionales como revistas, radios y televisión, acompañados por los intelectuales. Y, en una línea similar, el sociólogo belga Armand Mattelart, integrante del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica, planteaba que se debía dismantelar la estructura comunicativa de la burguesía para que el pueblo asumiera su conducción, pero a diferencia de la propuesta de Carlos Maldonado, en esa conducción no debía intervenir el Estado. Para Mattelart, el protagonista de la nueva cultura era el pueblo, relegando a los intelectuales de esa operación³.

En este punto nos parece oportuno preguntarnos de dónde provienen las ideas expresadas en las propuestas culturales, considerando que la postura del gobierno de la Unidad Popular y los planteamientos de los intelectuales y personeros políticos tienen, como punto en común, haber sido elaboradas desde el marxismo. Creemos que, en algún momento, en los años sesenta, se originó una variante en el pensamiento marxista en Chile, principalmente en el campo cultural y entre los escritores, lo que motivó un distanciamiento entre las posiciones mecanicista que observaban la cultura como un reflejo de lo económico para centrarse en la construcción de la conciencia social y las condiciones subjetivas. Ese proceso se desarrolló, por un lado, por la recepción de un marxismo crítico que surgió tras el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado en febrero de 1956, a partir del cual no sólo se cuestionó el accionar de Stalin, tras el discurso de Jruschov, sino también al realismo socialista que indicaba que el arte debía estar al servicio de la transformación ideológica del pueblo y por lo tanto, la creación debía obedecer a los lineamientos burocráticos del régimen en el que estaba inserto el artista (Briceño, 2020: 304). Y, por otro lado, por las redes de sociabilidad que algunos escritores latinoamericanos de izquierda forjaron a lo largo de los años sesenta, en que se discutió la función social de la literatura y el compromiso del escritor (Gilman, 2003; Alburquerque, 2011). En esa red participaron los escritores chilenos Gonzalo Rojas, Manuel Rojas y Enrique Lihn, entre otros.

Uno de los escritores que intervino en el debate cultural fue Enrique Lihn. Sus aportes se observan tanto en la articulación de espacios intelectuales y la presentación de ideas y conceptualizaciones que, desde un marxismo heterodoxo, pretendía aportar a la construcción de una política cultural en el proyecto socialista. Esta participación respondió a una trayectoria literaria que partió en Cuba, desde donde logró insertarse en la red lati-

3 Los planteamientos sobre el Frente Único fueron publicados por Enrique Lihn y Hernán Valdés en el libro *La cultura en la vía chilena al socialismo* (1971). Santiago: Editorial Universitaria. Las ideas de Carlos Maldonado fueron expresadas en *La revolución chilena y los problemas de la cultura* (1971). Santiago: Horizonte, mientras que las de Armand Mattelart fueron puestas en circulación en el artículo “El medio de comunicación de masas en la lucha de clases”. *Pensamiento Crítico* 53 (1971). Esta discusión fue abordada por quien escribe en el artículo “Escritores intelectuales y la política cultural en el gobierno de Salvador Allende. Los aportes del Taller de escritores de la Unidad Popular (1970-1973)”. *Izquierdas* 49 (2020): 292-311.

noamericana de escritores. En ese sentido, resulta interesante revisar el carácter de esta red, cómo se situó Lihn, cuáles fueron las ideas planteadas y cómo éstas le permitieron elaborar una visión de lo que debía ser la política cultural en un proyecto socialista.

Enrique Lihn fue un poeta, crítico literario y dibujante chileno. Había sido militante comunista, pero desencantado de su política partidaria, durante los años sesenta tuvo una posición crítica, lo que no provocó que se alejara del proyecto político de la izquierda. En 1966 recibió el premio Casa de las Américas por *Poesía de paso*. A raíz del premio se instaló en Cuba para trabajar en la publicación durante dos años. Se insertó en la comunidad intelectual de la isla e hizo amistad con el poeta Heberto Padilla. En 1969 regresó a Chile y con su amigo, el también escritor Germán Marín, dieron vida a la revista cultural *Cormorán* que, aunque de corta duración —sólo se editaron 8 números— fue una plataforma para discutir ideas sobre la situación del subdesarrollo y dependencia de la cultura chilena y latinoamericana. En el mismo año, se hizo cargo del área de poesía del Taller de escritores de la Universidad Católica, que dependía de la Vicerrectoría de Comunicaciones de la casa de estudios. En ese espacio participaron escritores de la llamada generación del 60 como Antonio Skármeta, Ariel Dorfman, Hernán Valdés, Poli Delano, entre otros (Briceño, 2020).

Recepcionando las ideas del filósofo polaco Karel Kósik, Enrique Lihn en el artículo “Política y cultura en una etapa de transición al socialismo” publicado en el libro *La cultura en la vía chilena al socialismo* (1971) sostenía: “no es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, su ser social es el que determina su conciencia” (Lihn, 1971: 26). Esa visión manifiesta una crítica al dogmatismo del Partido Comunista, que había cuestionado la propuesta de política cultural que un grupo de escritores del Taller de la Universidad Católica, entre ellos Lihn, habían publicado en la revista *Cormorán*, en diciembre de 1970. En esa propuesta definían la necesidad de construir una nueva cultura, criticando la cultura de masas de carácter burgués, la dependencia a los capitales financieros extranjeros y proponiendo la creación de esa política desde el pueblo y considerando a los intelectuales como vanguardia (Briceño, 2020).

Las ideas de Enrique Lihn dan cuenta de un compromiso político con el proyecto socialista, que aportaron al debate de ideas sobre la cultura, pero también a la discusión sobre el papel de los intelectuales, aspectos que fueron discutidos y planteados en la comunidad de escritores latinoamericanos durante los años sesenta. En ese sentido, parece acertado pensar que esa visión del debate cultural tiene sus raíces en la discusión latinoamericana, donde los escritores se mostraron proclives a traspasar las fronteras disciplinarias y presentarse como intelectuales.

En esta red se discutieron una serie de temas relacionados con la función social de la literatura, el compromiso del escritor y los problemas de la cultura, tópicos que estuvie-

ron cruzados por la Guerra Fría y la política cultural de Estados Unidos hacia América Latina, la política cultural de la Revolución Cubana y el levantamiento de proyectos políticos que buscaban el cambio social (Gilman, 2003; Albuquerque, 2011). Esta red, principalmente de izquierda, se fue constituyendo a lo largo de los años sesenta y su punto de partida se puede situar en las escuelas de verano de la Universidad de Concepción, que organizó el escritor y académico del Departamento de Castellano Gonzalo Rojas, en 1958. Poco a poco esas instancias fueron adquiriendo un carácter subcontinental, hacia 1960 organizaron el Primer Encuentro Latinoamericano, donde se discutió el sentido de la literatura. Participaron Ernesto Sábato, Sebastián Salazar Bondy y Pablo Neruda, entre otros. A ese primer encuentro le siguieron el Congreso de Intelectuales, realizado en la misma universidad en 1962 y en 1965 se realizó en Génova, Italia, un encuentro cuyo principal objetivo era fundar una comunidad literaria latinoamericana. Aunque la idea no prosperó, hubo otros encuentros como el de Guadalajara y Guanajuato, México, realizado en 1967 y el de Viña del Mar en 1969.

La red no logró institucionalizarse como un espacio formal de encuentro y se vio tensionada por la presencia de otras instancias como el Congreso para la Libertad Cultural y la revista *Nuevo Mundo* que, con un carácter anticomunista y apoyada por Estados Unidos, lograron instalarse en la escena, dentro de lo que se ha conocido como la Guerra Fría Cultural (Calandra y Franco, 2012; Iber, 2015). De ese modo, el accionar de estos escritores no sólo tuvo relación con el anhelo de transformar la cultura, en un ambiente en que el socialismo parecía ser una alternativa viable para ello, sino también se trató de una confrontación política e ideológica, respecto las posibilidades concretas de superar la dependencia cultural y el subdesarrollo.

La constatación de estas instancias pone de manifiesto el desarrollo de una experiencia sesentista intelectual, en la que creemos se encuentran contenidos los argumentos con los que Enrique Lihn dio forma a sus ideas y fueron parte de la discusión sobre el problema de la cultura en América Latina, el papel de los intelectuales y el compromiso del escritor con un proyecto revolucionario. En tal sentido, el objetivo de este artículo es situar la participación de Enrique Lihn en la red latinoamericana de escritores, para observar las matrices conceptuales y hechos históricos que marcaron su propuesta cultural, que proponía un camino distinto al plantear el papel de los intelectuales como vanguardia en el proceso y una alianza entre el pueblo y la pequeña burguesía para comenzar a construir una nueva cultura en el gobierno de la Unidad Popular.

SOCIABILIDAD INTELECTUAL Y CONFIGURACIÓN DE UN ACTOR COLECTIVO

Los escritores han constituido espacios de reunión para intercambiar ideas, críticas y discusiones en torno a la producción literaria, intelectual y en muchos casos también

sobre lo político (Bourdieu, 1995, 2002; Dosse, 2007). Desde salones, tertulias, sociedades literarias, encuentros, congresos, revistas y talleres, estos actores, durante el siglo XX configuraron espacios de encuentro y comunicación para socializar su producción y pensamiento, posicionándose como una voz autorizada en la esfera pública. En el caso de los escritores de izquierda de los años sesenta, estas prácticas de sociabilidad les permitieron participar en los debates culturales y políticos, en un contexto marcado por la discusión sobre las posibilidades revolucionarias y el lugar que les correspondía como intelectuales.

Claudia Gilman sostiene que, entre los escritores del continente, desde 1958 en adelante “existieron varios intentos por organizar e institucionalizar una comunidad intelectual latinoamericana, en un sentido gremial y político” (2003: 104). Esta intención configuró una serie de prácticas, que a nuestro juicio dan cuenta de una sociabilidad, categoría que el historiador francés Maurice Agulhon definió como la “aptitud de los hombres para vivir en grupos y para consolidar grupos mediante la constitución de asociaciones voluntarias” (1994: 55), en colectivos que pueden ser más o menos estables, más o menos numerosos y que se estructuran en función de un objetivo, otorgando sentido e identidad a quienes se reúnen. Desde esa perspectiva, el interés estaría puesto en cómo los integrantes de una colectividad se reúnen en torno a un sentido común e intereses públicos (González, 2003: 663).

Es preciso señalar que la sociabilidad, entendida como una práctica social, configura el espacio en el que se llevan a cabo las actividades de un grupo determinado. Con ello, el espacio de reunión se consolida como un lugar de comunicación social en una esfera pública determinada, adquiriendo una connotación que va más allá de la socialización de individuos. Bajo esa mirada, es necesario tener en cuenta que, cuando hablamos de sociabilidad, nos referimos a la conformación de espacios y prácticas donde los actores estructuran relaciones, depositando expectativas para mejorar sus condiciones de vida o bien, en el caso de los escritores, producir y movilizar ideas sobre la literatura y cultura.

Esta conceptualización indudablemente tiene una relación con las definiciones de esfera pública, pues los intelectuales tienen como principal objetivo poner en circulación sus ideas más allá de su espacio de producción. En ese sentido, es llano señalar que la esfera pública es un concepto acuñado por Jürgen Habermas desde la teoría crítica y de la comunicación de masas, el que refiere al espacio de deliberación en el que surgiría la opinión pública, un fenómeno asociado al desarrollo del capitalismo, la burguesía y las ciudades modernas (Habermas, 1982). En una perspectiva diferente, Hannah Arendt lo entiende no como un espacio físico, sino como la organización de personas que conversan sobre temas de interés general, es decir, apuntaría a la organización social a partir de la diversidad, donde se habla y discute de política (Barrionuevo y Rodríguez, 2019: 154). De ese modo, la sociabilidad intelectual sería parte del espacio público, al mismo tiempo que el interés de los intelectuales es influir en la deliberación de ideas en ese espacio.

Desde la historia, François X. Guerra y Anita Lempérière, para el período de la independencia en América Latina, establecen que en ese momento surge un espacio público moderno, en el que participaba un “pueblo culto”, interesado en resolver los problemas públicos, remitiendo a la política como eje central. Este espacio o esfera se opone a la privada, emergiendo con ello una separación entre los intereses de la familia, la propiedad, la conciencia. Se supone que lo público está bajo dominio político. De ese modo, para el caso latinoamericano, la conformación de un espacio público no estaría superado necesariamente al desarrollo del capitalismo y la burguesía, ya que se ajustaría al proceso de modernización impulsado por las independencias, construcción de las Repúblicas y ciudadanías (Guerra y Lempérière, 2008).

Para los años sesenta, la esfera pública estaba estructurada en torno a los medios de comunicación de masas, la industria editorial y las posibilidades de crear publicaciones como revistas culturales, que expresaban las ideas y debates en torno a la política, arte, sociedad y cultura.

De ese modo, las prácticas de sociabilidad que revisaremos a continuación apuntaban a definir una identidad literaria en el contexto de cambios que estaba experimentando la literatura latinoamericana en la década del sesenta. No debemos olvidar que en este marco temporal se consagraron mundialmente como escritores e intelectuales Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, entre otros en lo que ha sido conocido como el “boom latinoamericano”⁴; se activó una red literaria que operó desde Cuba recorriendo todo el subcontinente y en Chile, se conformó la llamada generación del 60 que participó en las discusiones culturales durante el gobierno de Salvador Allende. A raíz de ello se puede señalar que estos escritores definieron una identidad que se articuló en torno a la homologación escritor-intelectual, circulando entre el campo cultural y político. Por ello, sociabilidad también expresa la configuración de *actores colectivos*, que como definió el historiador François X. Guerra se entiende como un:

4 El “boom latinoamericano” refiere al momento en que escritores como Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, José Donoso, entre otros, posicionaron la literatura de América Latina en el mundo. Ello fue posible por la apertura de un mercado editorial y cultural proclive a reconocer la producción literaria en este continente, al mismo tiempo porque estos escritores marcaron nuevos rumbos tanto en estilos como en las temáticas, principalmente locales, buscando narrar la realidad sociocultural. Como fenómeno de los años sesentista, no estuvo ajeno a tensiones, especialmente a lo relacionado con el papel de los escritores en la sociedad y su compromiso político. Hubo debates entre quienes defendían la idea de la figura del escritor intelectual en su función pública como generalizador del saber y constructor de una opinión sobre la realidad y quienes auspiciaban la participación de los escritores en el mercado de bienes culturales, que utilizando medios publicitarios y comerciales aprovechaban la oportunidad del boom de la narrativa latinoamericana (Rama, 1988; Graf, 1995). Pero también sobre la identidad de la literatura latinoamericana, como la discusión entre la literatura indigenista de José María Arguedas y Juan Rulfo anclada en América Latina y la producción literaria latinoamericana desde Europa (Graff, 1995).

Un grupo estructurado por vínculos estables de un cierto tipo, poseen sus propias formas de autoridad y de legitimidad, sus reglas de funcionamiento interno, sus lugares y formas de sociabilidad; valores, imaginarios, lenguajes y comportamientos que le son propios; la conciencia de una pertenencia en común. (Guerra, 1993: 236)

Asumimos que en el examen de las prácticas de sociabilidad nos encontramos con espacios y actores que definen su lugar en la esfera pública a través de la formulación de conceptualizaciones. Aquello implica observar los mecanismos por los cuales estos escritores configuraron una constelación de relaciones, contenidos y expectativas que dieron vida a sus discursos.

Bajo esa óptica, el escritor-intelectual encuentra su fundamento en la esfera pública, espacio conflictivo, “pues la dimensión individual puede entrar en contradicción con las exigencias colectivas en el plano de los valores y de su regulación” (Dosse, 2007: 58), cuestión que en el caso de los escritores es fundamental, pues como señala Pierre Bourdieu, citando al filósofo y escritor Jean Paul Sartre, “existen cualidades que llegan sólo por el juicio de los demás” (2002: 18). Una cualidad que para Bourdieu es:

Socialmente definida e inseparable, en cada sociedad y en cada época, de cierta demanda social, con la cual el escritor debe contar; así ocurre también, de un modo todavía más evidente, con el renombre del escritor, es decir, con la representación que la sociedad hace del valor y de la verdad de la obra de un escritor o de un artista. (Bourdieu, 2002: 18)

Desde ese punto de vista, estamos hablando de un actor que, en términos literarios e intelectuales, debía cumplir con ciertas expectativas que la sociedad depositó en él, por su posición de creador y pensador. En ese sentido, examinar las prácticas de sociabilidad de los escritores en el contexto enunciado, es observar la acción colectiva que lo situó en la escena intelectual y, además, permite conocer cómo se constituyeron como un grupo capaz de impactar en la discusión política sobre la cultura en los proyectos revolucionarios de los años sesenta y principio de los setenta.

En el caso particular de esta investigación, la propuesta de Enrique Lihn es el punto de partida para revisar el circuito intelectual en América Latina y desde allí, analizar las operaciones intelectuales que situaron al escritor como intelectual en la discusión cultural durante la Unidad Popular. Por ello, nos parece relevante observar los encuentros y congresos de los escritores latinoamericanos de izquierda, porque en estos encontraremos los fundamentos a partir de los cuales Lihn formuló su propuesta.

En ese sentido, la apuesta de los escritores de poner en circulación el conocimiento y sus puntos de vista respecto de la realidad van a en línea con una percepción sobre el contexto y lo político que conminaba a actuar de manera concertada y urgente. Así,

frente a las posibilidades de transformación estructural, los escritores encontraron los mecanismos para difundir sus ideas en la esfera pública y con ello articular una serie de debates. De esa manera, los encuentros y congresos se convirtieron en vehículos de ideas.

LOS ESCRITORES Y EL PROBLEMA DE LA CULTURA: IDEAS EN DISCUSIÓN

Desde el punto de vista político, la posición de los escritores de la red latinoamericana cercana a la izquierda se expresó en espacios como encuentros y congresos, donde se discutió la función social de la literatura y el compromiso del escritor, en un contexto marcado por la crítica a la dependencia cultural en América Latina, específicamente una crítica a la relación que Estados Unidos forjó con el subcontinente en lo relativo a la cultura⁵, a la que respondieron los intelectuales.

Sobre el origen de la red de escritores, en Chile se desarrolló el Primer Encuentro Nacional que fue organizado por el poeta Gonzalo Rojas, escritor perteneciente a la generación del 38, integrante del grupo Mandrágora y profesor del Departamento de Castellano de la Universidad de Concepción. El escritor señalaba que:

Al término del 57, en los preparativos, siempre veloces de la IV Escuela Internacional, conversé con [Alfredo] Lefebvre y con [Juan] Loveluck sobre la idea de insertar, al lado de la gran máquina de los cursos, una semana de diálogo entre escritores para ver qué salía de eso, tanto en el orden del oficio literario como en el examen mismo de las ideas estéticas más caracterizantes. (Rojas, 1963: 316)

El encuentro tuvo como finalidad discutir la “Situación de la literatura nacional en 1958”, congregando a escritores de la generación del 38 y del 50 los que trataron resolver en sus ponencias dos preguntas, qué somos y por qué escribimos (Rojas, 1963: 319-320). Como una continuidad, en junio de 1958, en la ciudad de Chillán, Gonzalo Rojas organizó el Segundo Encuentro de escritores nacionales. En el discurso inaugural enunciaba que se:

5 Desde la década del cuarenta Estados Unidos había instaurado una política cultural hacia América Latina que a través de fundaciones como Ford y Rockefeller estimulaban el desarrollo de una cultura latinoamericana acorde a sus intereses por medio del financiamiento de becas, publicaciones y proyectos artísticos. Las relaciones culturales entre Estados Unidos y Latinoamérica fueron estimuladas a través de la OCIAA —Office of the Coordinator of de the Inter-American Affairs— oficina creada en 1940 en el gobierno del presidente Franklin Délano Roosevelt. Estaba encargada de gestionar la “ofensiva cultural norteamericana”. Bajo esta oficina, la política estadounidense buscó la cooptación de intelectuales, artistas y escritores a través de la entrega de becas, financiamiento de estadías de perfeccionamiento o bien la estimulación de proyectos culturales como revistas literarias, con el fin de configurar una red de intelectuales que se ubicaran bajo su zona de influencia. Así, en el contexto de la Guerra Fría, Estados Unidos consideraba que esta guerra no era sólo militar y política, también tenía una expresión cultural donde era necesario mantener y promover estrategias de cooptación (Calandra y Franco, 2012).

Consiguió que por primera vez en Chile se reunieran, a la sombra de una Universidad, escritores de todas las tendencias políticas y estéticas, desde el marxista hasta el católico, pasando por el vitalista, el surrealista y el anarquizante [...] Permitió la creación de una editorial universitaria en Concepción, con vistas a publicar preferentemente libros chilenos de verdadera categoría literaria. Obtuvo una repercusión favorable al conocimiento de Chile en el exterior. Hemos estado recibiendo incesantes comunicaciones y consultas de los más distintos países europeos y americanos, lo que prueba que la experiencia era constructiva y necesaria. (Rojas, 1958: 332)

La experiencia del Primer y Segundo Encuentro estimuló la idea de organizar un encuentro que permitiera conectar a los escritores chilenos con los latinoamericanos. Así, en 1960 Gonzalo Rojas organizó el Primer Encuentro de Escritores Latinoamericanos en la Universidad de Concepción. Los temas tratados fueron la rebelión hispanoamericana contra el superregionalismo; la validez de la función social de la expresión literaria y las relaciones entre literatura y vida en el proceso americano. Este encuentro inició la configuración de una red de escritores, cuya intención era construir un espacio transfronterizo. El escritor argentino Ernesto Sábato, participante del Primer Encuentro Latinoamericano, señaló en el *Clarín* el 14 de febrero de 1960 que:

la gran mayoría de los latinoamericanos se pronunciaban, en análisis teóricos, por una literatura comprometida, y, en casi todos ellos, por una literatura comprometida en el sentido más estrictamente social y político. (Gilman, 2003: 108)

La impronta latinoamericana del Primer Encuentro puso en discusión el sentido de la obra, en términos de lenguaje, estética y mensaje. Sábato propuso que los escritores debían estar de lado de los escarnecidos y desamparados, mientras que el escritor peruano Sebastián Salazar Bondy planteó la pregunta si los escritores debían abandonar su disciplina para unirse a la lucha por la liberación de América Latina (Gilman, 2003: 108).

La inauguración de una red de sociabilidad de escritores que recorrió el continente a lo largo de los años sesenta, evidenció la formación de un grupo de escritores de izquierda proclives a los ideales revolucionarios. Esta posición tuvo como contraparte a los escritores ligados al Congreso por la Libertad de la Cultura, cuya oficina en América Latina se instaló en Santiago de Chile, en 1954. Este organismo, dependiente de Estados Unidos, tuvo entre sus participantes chilenos al escritor Eduardo Berríos, los críticos literarios Alone y Raúl Silva Castro, a los abogados y políticos Jaime Castillo Velasco y Eduardo Frei Montalva (Albuquerque, 2011: 126). El posicionamiento de este organismo era anticomunista, antisoviético, pero también tuvo una facción socialdemócrata en sus

inicios (Iber, 2012). Su emergencia tiene relación con la lucha por la hegemonía de América Latina por parte de los Estados Unidos.

El Congreso estimuló la publicación de revistas como *Cuadernos* (1953) y *Mundo Nuevo* (1966), editadas en Europa, pero dirigidas al público latinoamericano (Alburquerque, 2011: 132). Con estas revistas, entre otras, se manifestó el desarrollo de un espacio de sociabilidad para los escritores que no adherían al ideario comunista y deseaban mantener relaciones culturales con Estados Unidos. Mientras que el grupo que participó en el Primer Encuentro de Escritores Latinoamericanos comenzó a forjar una red de sociabilidad que adhirió a la izquierda, cuestionando principalmente la dependencia y subdesarrollo de América Latina.

La convivencia de estos dos espacios fue bastante compleja, hubo polémicas en las que se acusaba a los escritores ligados al Congreso por la Libertad de la Cultura de ser financiados por la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Ángel Rama, crítico uruguayo, reprochó duramente a Emir Rodríguez Monegal editor de *Mundo Nuevo* por recibir este tipo de financiamiento.

En 1962, en la Universidad de Concepción y con Gonzalo Rojas como organizador, se llevó a cabo el Congreso de Intelectuales bajo el lema *La imagen del hombre en América Latina*, en el marco de la VII Escuela Internacional de Verano. Los participantes de este encuentro provenían de disciplinas como la filosofía, leyes, antropología, sociología, participaron escritores provenientes de la India, Estados Unidos, Japón, Europa y la Unión Soviética.

En el marco de este encuentro y como parte de la declaración final, los escritores enviaron una carta al director del Fondo de Cultura Económica Arnaldo Orfila, que fue publicada en *La Gaceta*, revista de la editorial. En la propuesta solicitaban:

crear, dentro de la estructura editorial del Fondo, una colección popular de escritores iberoamericanos como un arma efectiva, capaz de influir decisivamente en el crecimiento de nuestra expresión y darle la divulgación más amplia y fecunda.⁶

Si bien ese tema no quedó resuelto con la carta enviada al Fondo de Cultura Económica, reveló un problema que cruzó al mundo literario durante la década del sesenta. No se trataba sólo de escribir en función de la realidad social, sino de cómo hacer llegar el mensaje a los sectores que por años habían tenido un acceso limitado a la cultura. Este tema poco a poco fue adquiriendo un sentido político, ya que los escritores asumían que este problema no sería resuelto sólo con acercar al mundo popular a la cultura; el problema radicaba en cómo generar políticas para asegurar un acceso igualitario.

6 "Propuesta de escritores de América". *La Gaceta* 91 (1962). En *Casa de las Américas* 11-12, II (1962): 105.

Por influencia de Pablo Neruda y Carlos Fuentes, Alejo Carpentier, escritor cubano, expuso en el Congreso sobre las reformas educacionales llevadas a cabo por la Revolución Cubana (Alburquerque, 2011: 343). En 1961, en la isla se implementó la Campaña Nacional de Alfabetización que tenía como finalidad conseguir que todos los trabajadores pudieran elevar sus conocimientos para participar en el desarrollo técnico-económico del país, puesto que el 57% de la población en 1959 era analfabeta. El 22 de diciembre de 1961 el gobierno revolucionario proclamó a Cuba como territorio libre de analfabetismo, lo que fue logrado con un plan de instrucción que dio inicio al Sistema Nacional de Educación que estableció la educación primaria y secundaria básica obligatoria para toda la población (González y Reyes, 2010: 17). El éxito de la Campaña era, a juicio de los escritores, más importante que la ponencia que Carpentier había preparado sobre la literatura del Caribe, lo que pone en evidencia la influencia del proceso revolucionario en el ideario político y cultural de estos escritores latinoamericanos. En este mismo año se constituyó la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), con el propósito de unir a los intelectuales en torno a la Revolución y ser parte de la política cultural.

Hasta 1962 la Universidad de Concepción albergó la realización de encuentros y congresos de escritores e intelectuales. No obstante, a partir de 1965, este tipo de actividades se realizó en distintas ciudades, como el Encuentro de Génova, Italia (1965) cuyo principal objetivo era institucionalizar una Comunidad Literaria Latinoamericana. El encuentro se enmarcó en una serie de actividades que rodearon a Las Jornadas Tercer Mundo y Comunidad Mundial, auspiciado por la UNESCO y el instituto Columbianum, donde se celebró las relaciones culturales entre los tres continentes subdesarrollados (Alburquerque, 2010, 2011).

El escritor Ariel Dorfman, en un artículo publicado en la revista *Anales* de la Universidad de Chile, señaló que la gran mayoría de los escritores que participaron en el Encuentro profesaban el marxismo como orientación política-filosófica, relevando la matriz desde donde los escritores construían el diagnóstico sobre la realidad latinoamericana, indicando que:

la actual situación de la cultura está vinculada a la crisis del capitalismo industrial y al impacto de la técnica y el ascenso de la masa; el subdesarrollo es una instancia real de América Latina y es fundamental la lucha antiimperialista en todos los planos. (Dorfman, 1965)

En esa línea, la Declaración Final del Congreso “proclamó la existencia de América Latina como unidad más allá de la diversidad y se consideró la Revolución Cubana como el acontecimiento central de los tiempos” (Gilman, 2003: 112). Esta posición política, puso al escritor en un lugar que iba más allá de su experticia disciplinaria, lo conminaba a actuar políticamente entendiendo la realidad del continente y desde allí, en su producción literaria, levantar una crítica a la dependencia estadounidense y el subdesarrollo.

Lamentablemente en el encuentro de Génova no asistieron escritores chilenos. Ariel Dorfman señaló al respecto:

Es una lástima si se piensa que en Chile tenemos un Neruda y que con igual derecho podrían haber concurrido Nicanor Parra, Manuel Rojas, Coloane o Enrique Lihn. Es importante que nuestros escritores se pongan en contacto con los que fueron a Génova; Chile no puede marginarse de una asociación como la que preside Carlos Pellicer. Es desvincularse del pasado, presente y, más importante aún, del futuro. (Dorfman, 1965: 205)

Enrique Lihn apareció en la red latinoamericana de escritores en el Segundo Encuentro, realizado en Guanajuato-Guadalajara, México, en 1967. Fue uno de los firmantes de la declaración final, pero en la publicación de la revista cubana *Casa de las Américas*⁷, que dedicó varias páginas al encuentro, no incluyó la presentación del poeta. Entre las ponencias, publicó la del escritor Manuel Rojas titulada “Responsabilidad del escritor ante América Latina y el mundo entero”.

En la declaración final del Segundo Congreso de 1967, se comunicó que la mayor empresa era congregar la cultura a escala latinoamericana⁸. Como espacio de sociabilidad, bien lo entendían los escritores, requería de afinidad de ideas y objetivos. Se estipulaba que los motivos que debían movilizar a estos escritores era una actitud antiimperialista y revolucionaria, para evitar el intervencionismo de Estados Unidos que había menospreciado la independencia latinoamericana, haciendo referencia a la injerencia en Panamá, Guantánamo, Puerto Rico, Veracruz, Nicaragua, Guatemala, Santo Domingo o en el establecimiento del Plan Camelot y el auspicio de la CIA al Congreso por la Libertad de la Cultura⁹.

Es necesario señalar que en este Congreso se aprecia la tensión entre los intelectuales procubanos y el sector más moderado. De hecho, es en esta instancia que un grupo de escritores se niega a conformar una comunidad latinoamericana de escritores, mientras no se pronuncie como un espacio antiimperialista (Albuquerque, 2011: 261).

En la declaración también hacían hincapié en la guerra entre Estados Unidos y Vietnam, donde a juicio de los escritores no sólo se jugaba el destino de ese pueblo, sino también el de América Latina. A partir de ello hicieron el siguiente llamado:

7 La institución *Casa de las Américas* actuó como un eje articulador de la vida literaria en Latinoamérica, a través de la creación del concurso literario *Casa de las Américas*, el premio más prestigioso del subcontinente. Esto permitió fortalecer los lazos entre los escritores y la Revolución Cubana, transformándose La Habana en el centro motor de la vida intelectual en América Latina.

8 “Declaración final Segundo Congreso Latinoamericano de escritores”. Guanajuato, México, de 15 al 24 de marzo de 1967. *Casa de las Américas* 39 (1967): 99.

9 “Declaración final Segundo Congreso Latinoamericano de escritores”. Guanajuato, México, de 15 al 24 de marzo de 1967. *Casa de las Américas* 39 (1967): 100.

Hoy en día, no se puede pretender que un escritor de izquierda integre la misma Comunidad que otro, de militancia proimperialista, o comprometido con las oligarquías nacionales, u omiso frente a los desmanes del enemigo. Con el adversario, o con quienes sirven de algún modo a sus intereses, se puede batallar o discutir, pero no así integrar una “comunidad”.

En clara referencia a los escritores que participaban de espacios no proclives a la Revolución Cubana, como las revistas *Cuadernos* y *Mundo Nuevo*, la red de escritores buscaba construirse desde un espíritu antidependencia, antiimperialismo y procubano, buscando conciliar la producción literaria y un mensaje político de izquierda. Su principal crítica apuntaba a la necesidad de defender la autonomía de los escritores, en un contexto de Guerra Fría cultural en el que Estados Unidos, por medio de diversas iniciativas, buscaba controlar la producción artística en el subcontinente. Ejemplo de ello fue el Plan Camelot, que surgió en la Oficina de Investigación y Operaciones Especiales de la Universidad de Washington D.C., mandatada por el Ejército estadounidense. Allí, se elaboraron una serie de investigaciones, desde las ciencias sociales, para consolidar los estudios sobre guerra psicológica y, a partir de 1958, se le encomendó extender sus estudios hacia las actividades revolucionarias, lo que en 1964 dio inicio al diseño del plan. Si bien el objetivo era llevar a cabo investigaciones respecto a potenciales insurgencias, el modo de recolectar información dio cuenta en los países latinoamericanos que se trataba de un plan de espionaje. En Chile, el 12 de junio de 1965, los periódicos *El Siglo* y *Tribuna Política*, publicaron informes sobre un llamado Proyecto Camelot. Hacia fines de dicho mes, tanto los periódicos demócrata cristianos, progubernamentales, como los socialistas de izquierda, de oposición, empezaron a condenar en todo el país la “descarada intervención” del Departamento de Defensa de Estados Unidos, que estaba realizando un vasto plan de espionaje continental. El embajador de dicho país no estaba enterado de tal plan, lo que generó una disputa entre el Departamento de Estado y de Defensa. Tras este incidente y debiendo el embajador dar explicaciones al gobierno de Eduardo Frei Montalva, el 8 de julio de 1965 el Secretario de Defensa afirmó que se había cancelado el Proyecto Camelot (Mano y Bednarcik, 1969).

Así, inserta en el contexto, esta red intentaba construirse respondiendo a la esfera pública y compartiendo valores que iban más allá de los intereses literarios de quienes la integraban. De ese modo, cuando observamos su configuración, estamos en presencia de actores que se identificaron entre sí y colaboraron en la construcción de horizontes de expectativas respecto a su papel en las transformaciones culturales que se movilizaban en el continente. En la declaración del Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores, se manifestaba:

La desconfianza que ha sembrado y sigue sembrando el imperialismo norteamericano, ha destruido en los medios culturales de América Latina, la esencia misma de la idea de “comunidad” entre escritores de izquierda y de derecha. Las comunidades se crean con puentes, nunca con abismos.

Quienes sostenemos esta posición, estimamos razonable que, sobre bases ideológicas coherentes, se organicen sus correspondientes instituciones, pero no somos partidarios de añadir una más a las entidades de constitución heterogéneas creadas en otras épocas¹⁰.

Ante ello, pareciera ser que los encuentros de Génova y Guanajuato-Guadalajara pusieron en la órbita literaria un sentido de sociabilidad que buscaba el compromiso de los escritores de izquierda para participar en los procesos de cambios, lo que desplazó los intereses de los escritores hacia el campo político. Esto queda en evidencia en Chile, en el Encuentro de Escritores Latinoamericanos realizado en agosto de 1969.

Este encuentro se realizó en las ciudades de Concepción, Santiago, Valparaíso y Viña del Mar y reunió a escritores y críticos literarios del continente. En un ambiente altamente politizado, los escritores fueron interpelados por estudiantes y obreros que asistieron al encuentro. Los estudiantes hicieron un llamado a los escritores a actuar más allá de su función, se les invitó a dejar su posición de literato para levantarse como una vanguardia intelectual. El presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso les indicó en una interpelación: “y entonces la voz de un solo de ustedes valdrá más que la lucha de cien guerrilleros armados, que diez mil obreros o campesinos organizados”¹¹.

El encuentro, organizado por la Sociedad de Escritores de Chile, en su declaración final indicaba que:

La permanencia del actual estado de incomunicación entre el creador y la gran masa ciudadano-campesina significa restringir, indefinidamente, el destinatario de la obra literaria a un público de clase media urbana, y hacer “una literatura fácil para consumo masivo” constituye una regresión a la perimida estética del realismo socialista¹².

Asumiendo que difícilmente podrían solucionar los problemas de acceso a la cultura, los escritores hicieron un diagnóstico de la realidad y establecieron que dicho problema era político y para llegar a una solución era necesario “que se produzca una transformación radical de las estructuras que sostienen el mundo latinoamericano” (Jara, 1971: 14). Con ello, planteaban que debía surgir un escritor que, en tanto intelectual, estuviera comprometido con una posición política, pero que este compromiso no debía pasar

10 “Declaración final Segundo Congreso Latinoamericano de escritores”. Guanajuato, México, de 15 al 24 de marzo de 1967. *Casa de las Américas* 39 (1967): 100.

11 Sergio Spoerer, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso. Encuentro latinoamericano de Escritores, Chile, 1969. En Jara, René (1971). *El compromiso del escritor*. Ediciones Universitarias de Valparaíso: 33.

12 Declaración Encuentro Latinoamericano de escritores, 18 al 30 de agosto de 1969, Santiago, Concepción y Viña del Mar (Jara, 1971: 13).

necesariamente por la obra, la que debía conservar cierta independencia, en una crítica al doctrinarismo del realismo socialista que promovía la Unión Soviética a través de los partidos comunistas.

Es interesante constatar que hacia fines de los años sesenta a raíz del encuentro en 1969 se redefinió la posición del escritor, en una orientación política que empujó a algunos escritores a incursionar en ese campo. A partir de ello vemos dos caminos para los escritores: por un lado, el escritor como artista, que intentó vincular su lenguaje y estética con la realidad y, por otro lado, el escritor como intelectual que intervino en la discusión de los procesos de transformación. En una de las presentaciones, Enrique Lihn manifestó sobre la literatura y su función social:

Postular una obra separada del mundo, o la literatura como un mundo propio y autosuficiente separado del resto de la realidad, y para ello enfatizar su aspecto lingüístico, significa identificarse con una ideología que, para decirlo groseramente, podríamos catalogar de individualismo literario y asociar, incluso, con períodos históricos enteros de la literatura. (Lihn, 1971: 128)

Mientras que, en una posición de carácter intelectual, Enrique Lihn indicaba:

Una cultura es desalienada en la medida en que es genuina, y este es el caso de mucho de lo que actualmente se está produciendo en el campo cultural latinoamericano. Pero buscar o proponerse encontrar un ser latinoamericano con esa connotación un poco voluntarista me parece un camino peligroso que, por lo demás, ya han recorrido otras generaciones antes que nosotros, y a veces respondiendo a una necesidad que no era sino también otra manera de alienación cultural. (Lihn, 1971: 83)

Observando el discurso de Lihn, nos parece que se presenta una radicalización intelectual en los escritores, en que, a una década de la Revolución Cubana, trataron de encontrar los mecanismos para que su disciplina participara de la idea de transformar la cultura latinoamericana, propiciara la independencia de América Latina de los Estados Unidos y fuera capaz de incluir a los sectores históricamente excluidos.

El Taller de escritores de la Universidad Católica, en el que participó Enrique Lihn, fue un espacio que dado el contexto de la campaña presidencial de Salvador Allende adquirió una connotación intelectual. Allí se discutió el papel de los escritores en el proyecto socialista y redactaron un documento que pretendía ser un aporte para la elaboración de una política cultural. Desde ese momento, los escritores firmantes de esa propuesta participaron en otros espacios de sociabilidad intelectual, como por ejemplo en el CEREN, donde Hernán Valdés hizo clases y escribió publicaciones sobre el problema de la cultura en los *Cuadernos de la Realidad Nacional*, publicación del centro de

estudios. Por otra parte, Ariel Dorfman, coautor con Armand Mattelart de *Para leer al pato Donald. Comunicación de masa y colonialismo* (1971), fue asesor de Salvador Allende y Antonio Skármeta, participó en el canal de televisión de la Universidad de Chile y fue coeditor de la revista *Quinta Rueda* creada en 1972, con el fin de discutir la tardanza del gobierno de la Unidad Popular en construir una política cultural.

Los encuentros, como pudimos observar, se transformaron en espacios de sociabilidad donde poco a poco el escritor se fue situando en la esfera intelectual y política, estructurando un discurso de análisis de la realidad y de debate en torno a la cultura en América Latina. Si bien el proyecto de comunidad no logró concretarse, se estableció una red de contactos que hasta 1970 reunió a las diferentes figuras de las letras latinoamericanas de izquierda, lo que permite conocer cómo los escritores abordaron el problema de la función social de la literatura y el compromiso del escritor en el contexto revolucionario de los años sesenta.

CONDICIONES SUBJETIVAS

El Segundo Congreso de escritores en 1967 resulta clave para comprender como la discusión se fue enfocando en la función social del escritor y el desarrollo de un posicionamiento político sobre las condiciones sociales y culturales de los países latinoamericanos. Mario Benedetti exponía que:

Si la gente acude a él [escritor] es porque los otros que podrían iluminarla, o están corrompidos (como en el caso de la mayoría de los políticos) o hablan o escriben (como en el caso de los técnicos propiamente dichos: los economistas, los sociólogos, los antropólogos, los psicólogos) un lenguaje demasiado especializado, demasiado esotérico. Los escritores, en cambio, y especialmente los narradores y los dramaturgos, hacen hablar a sus personajes y éstos, aunque expresen un pensamiento especializado, por lo general lo dicen en palabras corrientes. (Benedetti, 1967: 103)

Benedetti pone en evidencia el lugar que los escritores asumían en la trama social y en la problemática cultural, distinguiéndose de otros intelectuales en la capacidad de acercarse al mundo popular a través del lenguaje. Si bien aquello puede parecer un punto a favor de los escritores, es necesario tener en cuenta los altos índices de analfabetismo en América Latina y las dificultades en el acceso a la educación, pues no se trataba sólo de hablar al pueblo, había que integrarlo a los procesos de cambios, por ello Benedetti, al cerrar su presentación en el congreso, señaló “que lo que realmente importa en nuestras vidas de escritores es aquello que podamos hacer fuera de los Congresos” (Benedetti, 1967: 103).

El escritor Manuel Rojas expresó en su presentación que la mayoría de la sociedad, el pueblo, estaba excluida por falta de educación. Desde ese punto de vista hizo una autocrí-

tica: “los escritores de América Latina, tal como los escritores de todos los países capitalistas, escribimos para los burgueses, que odiamos, y para los aristócratas agrícolas que despreciamos. Ellos nos pagan y para ellos escribimos” (Rojas, 1967: 107). Con esta afirmación, se evidencia la contradicción que experimentaban los escritores de izquierda respecto al mercado cultural y las pocas posibilidades de que sus obras fueran leídas por el pueblo, de ahí que comenzaron a discutir que era necesario escribir para ese público y cambiar las condiciones sociales y culturales para que su mensaje llegara a todos, pues para él su responsabilidad como escritores era defender, ayudar y dirigir al pueblo (Rojas, 1967: 107).

Asumiendo un papel importante en la lucha por el cambio social, estos escritores establecieron planteamientos que dieron forma a una discusión sobre el camino que debía construirse para que se llevaran a cabo las transformaciones culturales. La apuesta no sólo tenía relación con acercar la literatura a quienes no tenían acceso, también tenía como objetivo, entre los escritores, definir una tarea concreta en lo cultural, teniendo en cuenta que en los años sesenta en América Latina se levantaron proyectos revolucionarios, pero también hubo una reacción conservadora que se expresó en golpes de Estados y dictaduras en República Dominicana, Brasil y Argentina, entre otros países. El escritor dominicano Marcio Veloz Maggiolo señalaba que:

En nuestra América la función social del escritor tiene que ser diversa en casi la mayoría de los países. Dos razones avalan esta suposición: 1ro. Las condiciones políticas con visos dictatoriales están a la orden del día en nuestros pueblos, o en la mayoría de ellos, dentro de una aparente constitución general que revela en su fondo pormenores ajustables únicamente a la fisonomía de cada pueblo y país. 2do. Pocos países latinoamericanos tienen suficiente público lector y, por ende, suficiente casas editoras con potencial para una campaña de publicaciones capaz de hacer impacto en las diversas esferas sociales. (Veloz, 1967: 109)

Además, indicaba que la función social del escritor debía ser la denuncia y protesta, haciendo referencia a los trabajos de escritores como Gabriel García Márquez, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Julio Cortázar y Ernesto Sábato. En ese sentido, había un llamado a sincronizar las tareas literarias e intelectuales para llegar al pueblo y cambiar la cultura. No obstante, aquello era puesto en cuestión por los propios escritores, revisando su capacidad de intervenir políticamente y llegar a las masas, teniendo en cuenta la estructura social de los países, dominadas por oligarquías terratenientes y burguesías comerciales, que estaban dispuestas a conservar el orden social.

El año 1968 fue significativo en este tema. Por un lado, se ensalzó la figura del guerrillero, con la imagen del Che Guevara y, por otro lado, se cuestionó el papel de los intelectuales, ejemplo de ello fue el caso del poeta Heberto Padilla en Cuba, quien en 1968 ganó el premio de la UNEAC por *Fuera de Juego*, poema que el gobierno cubano consideró

como una crítica a la Revolución, situación que se profundizó con la presentación del poemario *Provocaciones* el año 1971 en un recital en la unión de escritores y artistas. Tras esta presentación, Heberto Padilla fue detenido por organismos de seguridad de la isla. Luego de una larga detención, Padilla aceptó los cargos y debió redactar una autocrítica reconociendo sus errores, la que fue presentada frente a los miembros más importantes de la UNEAC, siendo expulsado de Cuba.

El caso Padilla dividió a la intelectualidad latinoamericana. En Chile se aprecia esta división en dos documentos que fueron publicados en el año 1971. Por una parte, Enrique Lihn publicó en la revista *Marcha* de Uruguay una carta dirigida al poeta cubano en la que señalaba:

Los textos guardan en este sentido, silencio. Son de esa clase de audacia que, instintivamente y con razón, asociamos al espíritu de la Revolución Cubana. En tu polémica con El caimán Barbudo pones en tela de juicio a “los burócratas del Ministerio de Relaciones Exteriores”. Afirmas que: “la práctica democrática es deber, exigencia diaria del socialismo”. Previenes a la sociedad cubana contra el fetichismo de la autoridad. Postulas con Solzheitzin una literatura atenta a las contradicciones antagónicas del socialismo naciente, pero susceptibles de ahondarse en la medida en que una burocracia infalible se sitúe por sobre el pueblo.

¿Son éstas, expresiones de una discrepancia total con el gobierno de Cuba, manifestaciones de una libertad de expresión contrarrevolucionaria? (Lihn, 1971)

Mientras que, en contrapartida, un grupo de escritores, entre ellos Federico Schopf, publicó el documento titulado *Declaración Chilena*, en el que criticaban el accionar de Padilla. En la declaración se lee:

Rechazamos de manera terminante la existencia de castas privilegiadas de intelectuales que se adjudican el monopolio de la verdad o de la conciencia crítica, situándose en la práctica como árbitros o pasivos espectadores de la lucha que cotidianamente libran sus pueblos por eliminar las barreras de la opresión [...] Creemos que no puede haber individualidades que se autoerijan en jueces de la historia; de existir una conciencia crítica ella es parte de la comunidad, es el pueblo que revolucionariamente busca su destino¹³.

Todo ello estuvo acompañado por la proclama que se había levantado en el Congreso Cultural de La Habana en el año 1967, en el que se indicó que el “ejercicio de la literatura, el arte y la ciencia era un arma de lucha en sí mismo, pero la medida revolucionaria del escritor estaba dada por su disposición a compartir las tareas combativas de estu-

13 “Declaración chilena”. *Ahora* 10 (22/06/1971). En Lihn, Enrique. “Política y cultura...” (*Op. Cit.*: 43).

diantes, obreros y campesinos” (Gilman, 2003: 207). Posición que se complementó con el documento “Llamamiento de La Habana”, en el que se indicó que “llamamos a los escritores y hombres de ciencia, a los artistas, a los profesionales de la enseñanza, y a los estudiantes, a emprender y a intensificar la lucha con el imperialismo, a tomar la parte que les corresponde en el combate por la liberación de los pueblos”¹⁴.

El llamado era que los escritores se sumaran a la lucha revolucionaria, cuestión que, si bien era entendida por los literatos latinoamericanos, no necesariamente significó que estos actores tomaran “el fusil”, por el contrario, su intención era asumir el papel de vanguardia cultural, lo que se tradujo en lo que ellos definieron como compromiso del escritor, fuertemente cuestionado por los partidos comunistas y sectores más radicalizados. Ejemplo de ello fue la discusión entre los escritores sobre el caso del poeta cubano Heberto Padilla.

Sobre el compromiso del escritor, en el Encuentro de escritores latinoamericanos desarrollado en Chile en 1969, el crítico uruguayo Ángel Rama sostenía que:

Hay escritores de algunos sectores que evaden de alguna manera, en la medida de sus posibilidades, las condicionantes de clase y que tienden, o desean, o aspiran, a escribir no determinados por ellas. Lo que pasa es que el público consumidor de literatura, el público que compra estos libros, es un público que también está situado fundamentalmente dentro de esta misma clase y eso cierra un cierto circuito o establece ciertos elementos de conmoción de sus posibilidades. (Rama, 1969: 50)

El problema era el lugar desde donde escribían y se involucraban en el proceso de cambios. Así, en la declaración del encuentro de escritores latinoamericanos realizado en Chile, indicaban que:

El acceso a la cultura es, en verdad, cuestión que no puede ser solucionada por los escritores como tales escritores porque no es un problema literario, sino un problema político que habrá de encararse —como afirma Jorge Edwards— mediante una decisión política de los gobernantes. A esta decisión política sólo podrá llegarse una vez que se produzca la transformación radical de las estructuras que sostienen el mundo latinoamericano, lo que implica un cambio de la índole y generación de sus gobiernos, de manera que la capa orgánica de los intelectuales ejerza en ese gobierno el poder y el saber a nivel de la masa obrera y campesina. Implica también la aparición de una nueva imagen del escritor: la del intelectual como un hombre empapado de su contorno¹⁵.

14 “Llamamiento de La Habana”. *Pensamiento Crítico* 12 (1968)

15 “Declaración Encuentro de escritores latinoamericanos”, Chile, 1969. En René, Jara (1971). *El com-*

Esta declaración de alguna manera colocó al escritor en una posición expectante respecto al accionar político. En el caso de Chile y la candidatura de Salvador Allende con la Unidad Popular, representó la oportunidad para que los intelectuales, incluidos los escritores participaran del debate sobre la cultura y el diseño de una política cultural. De ese modo, los escritores tenían claro que su papel como intelectual estaba ceñido a las oportunidades políticas, pero también a las condiciones sociales. Allí, la literatura ocupaba un lugar importante que Enrique Lihn destacaba a partir de su crítica al realismo socialista. En 1969 señalaba que:

Brecht defendió también la autonomía de la literatura, su independencia frente a otras ramas de la producción, como la ideología, la ciencia, etc., y pretendió que al mismo tiempo el teatro y la literatura educaban a los espectadores y lectores, haciéndolos reflexionar sobre la necesidad de cambiar la sociedad. (Lihn, 1969: 232)¹⁶

Esta referencia evidencia que para Enrique Lihn la literatura tenía una función social que impulsaría la reflexión social, en contraposición a lo que podía hacer el realismo socialista donde el escritor, a su parecer, “pasó a ser era una tuerca del gran mecanismo del partido, y la literatura una falsa conciencia de la realidad, mutilada de todo impulso creador” (Lihn, 1969: 231). La postura de Lihn obedece a una mirada materialista sobre la literatura y la realidad, que sería la base para la construcción de su propuesta cultural, que puso en discusión durante el gobierno de la Unidad Popular. En un texto sobre la literatura cubana, el escritor señalaba que:

Si para una literatura como «reflejo artístico de la realidad objetiva» la realidad es, podría decirse, el punto de arranque y de referencia constante del trabajo creador “recreador más bien, en tal caso” lo real se identifica ahora con la escritura en la medida en que esta acierte a desplegarse artísticamente, en cumplimiento de su proyecto intransferible. (Lihn, 1969: 203)

La función social de la literatura, en este sentido, era reflejar la realidad objetiva, con ello el compromiso del escritor no sólo se situaba en el plano social desde una perspectiva intelectual, sino que también la obra debía referir a los problemas sociales. En este punto surgió la pregunta por el género en el que se inscribían las obras. Claudia Gilman señala que, en los primeros años de la época, al género novelístico se le consideró como un realismo, no obstante, indica que buena parte de la intelectualidad no se atrevió a

promiso del escritor. Ediciones Universitarias de Valparaíso: 14.

¹⁶ “Situación del realismo socialista”, 1969. Documento publicado en el libro: Lihn, Enrique (2020). *¿Qué nos ha dado con Kafka? Crónicas, ensayos y otras intervenciones sobre literatura, arte y política*. Santiago: Ediciones Overol.

nombrarla como tal, por la relación con el género soviético. De ese modo, cuando se refieren a escribir desde la realidad, no necesariamente definieron un género como tal, la apuesta era señalarlo en función de una mirada política “asociada a contribuir, mediante la práctica artística, a la transformación revolucionaria de la sociedad” (2003: 312-313). Así, el escritor estaba conectado con el proyecto transformador de las condiciones sociales y culturales, desde su obra y función intelectual, interpelando al mundo político de la izquierda, como lo hizo Lihn con su propuesta cultural.

CONSIDERACIONES FINALES

Los escritores latinoamericanos, discutieron el acceso a la cultura y educación de los sectores populares, plantearon la necesidad de luchar contra el analfabetismo, para luego propiciar un plan de lectura. Aquel objetivo no fue inmune a la crítica, señalaron que dicho anhelo no debía caer en un paternalismo, estimando que la cultura no debía descender a las masas ni ser un privilegio de clases. Un tema complejo entre los escritores, pues varios de los que participaron en la red latinoamericana manifestaron que había una relación muy cercana entre los literatos, el mercado cultural y la burguesía. Consecuencia de ello, plantearon que su posición como artistas e intelectuales era una cuestión de clases que debía ser resuelta.

Aquello provocó una serie de discusiones que apuntaban a definir el lugar desde donde intervendrían en los proyectos revolucionarios, lo que supuso la definición de un rol político como agentes de cambio social y un desplazamiento desde su disciplina y campo cultural hacia el campo político, promoviendo y disputando ideas sobre la cultura. De ese modo, las conceptualizaciones sobre el compromiso del escritor y la función social de la literatura articularon su discurso político, definiendo una identidad intelectual, que quedó expresado en las declaraciones de cada encuentro y las alternativas culturales que levantaron, siendo un ejemplo de ello la propuesta cultural del escritor chileno Enrique Lihn a la Unidad Popular.

Si bien en los encuentros y congresos difícilmente se puede observar el diseño de una política cultural revolucionaria, creemos que la creación de la red de escritores latinoamericanos y sus prácticas de sociabilidad, posibilitaron la existencia de propuestas como la de Lihn, que pensó los cambios culturales más allá de un reflejo de los cambios económicos. Para ello era importante que la literatura diera cuenta de la realidad, pues ese acercamiento concreto permitiría posicionarlos como una voz autorizada en el campo cultural y posibilitaría su intervención en el ámbito político. De esa manera, los escritores de los sesenta interpelaban al sistema político y social, creyendo posible participar en el proceso de transformaciones culturales.

Dicho lo anterior, se puede sostener que los debates culturales de la Unidad Popular están conectados con la discusión sesentista, especialmente en el campo de la literatura latinoamericana, en donde los escritores cumplieron funciones intelectuales y se posi-

cionaron políticamente, ya sea a la izquierda o a la derecha, jugando la Revolución Cubana un papel importante en las definiciones de estos actores en la trama cultural. Por ello, este trabajo buscaba iluminar las discusiones de los escritores en la red latinoamericana, para examinar de dónde provenían las conceptualizaciones que se pusieron en debate en los años del gobierno de Salvador Allende. Nos encontramos que, en un largo periplo por el subcontinente, los escritores fueron configurando una identidad, en base a su capacidad de observar y describir la realidad, su compromiso con el cambio social y capacidad de intervención en la política. Un aspecto que tiene relación con el tránsito entre la literatura y la política que los escritores realizaron a lo largo del siglo XX. De ese modo, el problema cultural de la Unidad Popular se inscribe en el contexto latinoamericano y global de los años sesenta, en que la politización y posibilidades revolucionarias marcaron el accionar de distintos actores colectivos y agentes culturales.

De esa manera, las ideas con las que Enrique Lihn intervino en el debate cultural de la Unidad Popular se configuraron en los años sesenta, en su participación en la red latinoamericana de escritores y bajo la influencia de lo que había sido la primera etapa de la política cultural de la Revolución Cubana, específicamente en lo que corresponde al período del Frente Único y el plan de alfabetización. Consecuencia de ello es que comprendió que el gobierno de Salvador Allende como un período de transición al socialismo y los intelectuales debían ser la vanguardia cultural que pensaría y participaría en la implementación de la política cultural en la vía al socialismo.

Aunque las ideas de Lihn no se implementaron, activaron un debate que con el correr del tiempo se fue volcando a favor de la idea de una revolución cultural, en vista que el gobierno de Salvador Allende comenzó a ser tensionado por la oligarquía y burguesía nacional, con el apoyo del gobierno estadounidense presidido por Richard Nixon. A pesar de ello y en términos históricos, es importante constatar la existencia de una serie de alternativas culturales que dan cuenta de la discusión al calor del proyecto socialista y la experiencia de sociabilidad intelectual de los escritores de izquierda latinoamericanos. Allí se pusieron en circulación planteamientos que pensaron el problema de la cultura, las condiciones sociales del mundo popular, las posibilidades de transformación, el lugar que le correspondía a la literatura en su función social y a los escritores como intelectuales.

Así, la Unidad Popular fue un proyecto político conectado con la experiencia sesentista de todos quienes participaron en su constitución y puesta en marcha a partir del 4 de noviembre de 1970. Una temporalidad que va más allá de 1970-1973, en que la movilización popular, política, intelectual y cultural expresó una serie de formas de pensar el socialismo, que hoy, a 50 años de su triunfo, es importante examinar, pues evidencian cómo es posible imaginar y crear una nueva realidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Agulhon, Maurice (1994). *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*. México D.F.: Instituto Mora.
- Albornoz, César. (2005). "La cultura en la Unidad Popular: Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente". Pinto, Julio (ed.). *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago: LOM.
- Alburquerque, Germán. "Los intelectuales latinoamericanos y la construcción cultural del tercer mundo: concepto, imagen, ideología (1952-1991)". *Historia social* 1, 8 (2010): 95-116.
- Alburquerque, Germán (2011). *La trinchera letrada: Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Barrionuevo, Sergio y Rodríguez, Yésica. "El concepto de 'espacio público' en Habermas: algunas observaciones a partir del caso ateniense". *Daimon. Revista Internacional de Filosofía* 77 (2019): 151-163.
- Benedetti, Mario (1967). "Ideas y actitudes en circulación". Segundo Congreso Latinoamericano de escritores. Guadalajara-Guanajuato: Casa de las Américas.
- Bourdieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2002). *Campo de poder, campo intelectual*. Montessor.
- Bowen, Martín. "El proyecto sociocultural de la izquierda chilena durante la Unidad Popular. Crítica, verdad e inmunología política". *Nuevos Mundos Mundos Nuevos* (2008).
- Briceño, Laura. "Escritores intelectuales y la política cultural en el gobierno de Salvador Allende. Los aportes del Taller de escritores de la Unidad Popular (1970-1973)". *Izquierdas* 49 (2020): 292-311.
- Calandra, Benedetta y Franco, Marina (2012). *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada a las relaciones interamericanas*. Buenos Aires: Biblos.
- Canto, Nadine. "El lugar de la cultura en la vía chilena al socialismo. Notas sobre el proyecto estético de la Unidad Popular". *Pléyade* 9 (2012): 153-178.
- Dorfman, Ariel. "América, problema para escritores". *Anales de la Universidad de Chile* 135 (07-09/1965).
- Dosse, Françoise (2007). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. València: Universitat de València.
- Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- González, Pilar. "Sociabilidad y opinión pública en Buenos Aires (1821-1852)". *Historia Contemporánea* 27 (2003).
- Graf, Marga (1995). "El lado de acá - Los autores del boom y el discurso literario y cultural en Hispanoamérica a partir de los años sesenta". Asociación Internacional de Hispanistas. *Actas XII*.

- Guerra, Françoise Xavier (1993). “El renacer de la historia política: razones y propuestas”. Andrés-Gallego, José (ed.). *New history, nouvelle histoire: hacia una nueva historia*. Madrid: Actas.
- Guerra, Françoise Xavier y Lempérière, Annick (2008). *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. México: Centro de Estudios mexicanos y centroamericanos.
- Habermas, Jürgen (1982). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili S. A.
- Iber, Patrick (2012). “El imperialismo de la libertad: el Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina (1953-971)”. Calandra, Benedetta y Franco, Marina. *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada a las relaciones interamericanas*. Buenos Aires: Biblios.
- Jara, René (1971). *El compromiso del escritor*. Valparaíso: Universitaria de Valparaíso.
- Lihn, Enrique. “Carta abierta”. *Marcha* XXXII, 1541 (30/04/1971).
- Lihn, Enrique (1971). “Política y cultura en una etapa de transición al socialismo”. VV. AA. *La cultura en la vía chilena al socialismo*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Lihn, Enrique (2020). *¿Qué nos ha dado con Kafka? Crónicas, ensayos y otras intervenciones sobre literatura, arte y política*. Santiago: Ediciones Overol.
- Manno, Francis y Bednarcik, Richard (1969) “El Proyecto Camelot”. *Foro Internacional* 2, 9 (11-12/1969): 206-208.
- Rama, Ángel (1969). *Encuentro de escritores Latinoamericanos*. Santiago: Ediciones Universitarias de Valparaíso: 49-55.
- Rama, Ángel (ed.) (1984) “El “boom” en perspectiva”. *Más allá del Boom: Literatura y mercado*. Buenos Aires: Folios Ediciones.
- Reyes, José Pedro y González, Raúl. “Desarrollo de la educación en Cuba después del año 1959”. *Revista Complutense de Educación* 21, 1 (2010).
- Rojas, Gonzalo (06/1958). Discurso del presidente del Segundo Encuentro, pronunciado en la sesión inaugural. *Atenea. Revista bimestral de Ciencias, Letras y Artes*: 380-381.
- Rojas, Gonzalo (1963). “Chile y América en los encuentros de escritores”. VV. AA. *Diez conferencias*. Concepción: Universidad de Concepción.
- Rojas, Manuel. “Responsabilidad del escritor ante América Latina y el mundo entero”. Guadalajara-Guanajuato: *Casa de las Américas* 39 (07-08/1967): 106-109.
- Veloz, Marcio (1967). “El escritor dominicano y las presiones sociales de su medio”. Segundo Encuentro de Escritores Latinoamericanos. Guadalajara-Guanajuato: *Casa de las Américas* 39 (07-08/1967): 109-112.
- Zamorano, César. “La revista Cormorán y su contribución al debate en torno a la cultura en la Unidad Popular”. *Izquierdas* (2016): 215-235.